

Rasgos e ideas de un rector inolvidable

Ramón Manrique Boepler

Abogado de la Universidad Externado de Colombia

Cuando evoco la personalidad del doctor Jorge Enrique Molina Mariño, una idea sobresale entre mis recuerdos: sus diarias enseñanzas -que, en su manera tan peculiar de ser, encarnaron con singular maestría- en el ejercicio del liderazgo. Las impartía en sus tareas cotidianas, al actuar en grandes o pequeños auditorios, o en el círculo de sus amigos, pero las más de las veces de un modo espontáneo con sus actitudes y ejemplos como Rector universitario.

Con la evocación, también se me ocurre pensar que sin esa curiosidad vital, sin ese romanticismo creador de ciertos seres humanos, como él, jamás habrían existido los navegantes y aventureros que siglos atrás desafiaron a los dioses de las tormentas e incursionaron en la azul y aterradora inmensidad de los océanos. Ni existirían hoy quienes -en medio de la crisis de identidad, de fe, de valores, y de la perplejidad colectiva propia de esta época, como nunca antes en la historia, derivada de la manipulación y el debate por la legitimación del conocimiento que impregna las sociedades de este fin de siglo- aún porfían en vislumbrar un mundo mejor para este lado del planeta. Su personalidad heterogénea -y en sí misma contradictoria- por la variedad de campos en que actuó, entre otros el derecho, la historia, la política, la academia y los deportes, mostraba, sin embargo, una sólida coherencia de pensamientos y acciones en materia de Educación. Concebía ésta como la disciplina indispensable para desarrollar y perfeccionar las facultades intelectuales; y las reflexiones y actitudes éticas. Pero de igual modo hablaba, escribía, insistía en la misión que a su juicio deben cumplir los sistemas educativos, las universidades de América Latina, sobre todo la Universidad Central, el claustro que fue una de las razones esenciales de su existencia. Esa misión -afirmaba- nos compromete con el entendimiento, la preservación y defensa del ser y del destino latinoamericanos.

La pregonó siempre con vigor. Desde muchos años antes del ahora lejano 30 de junio de 1966, cuando concibió la fundación de la Universidad en compañía de Carlos Medellín Forero, Elberto Téllez Camacho,

Eduardo Mendoza Varela, Darío Samper, Alberto Gómez Moreno y Rubén Amaya Reyes. Fue una de sus ideas fuerza, uno de los principios que configuran la identidad Centralista desde entonces. Fue, además, el mensaje que se empeñó en repetir en aquella que, por razones inescrutables, sería nuestra última y breve conversación telefónica, apenas unas horas antes de su muerte.

Palabras premonitorias

La conversación tuvo lugar a las dos de la tarde del viernes 17 de noviembre de 1995, a través de un altavoz conectado al teléfono del despacho de la Rectoría. Ahí nos encontrábamos Alba Ruth Restrepo, su secretaria de toda la vida, Alvaro Rojas de la Espriella, Vicerrector Académico, Raúl Carrera Lastra, Decano de Postgrados, y yo. El doctor Molina hablaba desde una habitación de la clínica a la que ingresó de urgencia, una semana atrás. Con voz entrecortada, que en la distancia nos hizo percibir su dolor físico, se quejó no obstante de un dolor de distinta naturaleza: el de su espíritu. Por disposición de los médicos, nos dijo, en contravía de sus planes y de un ferviente propósito de asistir, no podría estar presente en la Asamblea de la Organización Interamericana de Universidades, OIU, en Viña del Mar, y de la Unión de Universidades de América Latina, UDUAL, en Santo Domingo, que se llevarían a cabo días después, una seguida de la otra. Dispuso -sin admitir réplicas, pero con su característica cortesía-, que por encima de las consideraciones personales hacia él, que agradeció en grado sumo, la Universidad no podía faltar a ninguno de los dos compromisos, "pase lo que pase..", enfatizó, y nos confió a varios de sus colaboradores el alto encargo de representarlo. Agregaría, sobreponiéndose al doloroso esfuerzo que le significaba el mero hecho de respirar, unas instrucciones muy precisas a cumplir, "...para que la Universidad tenga en mis delegados una representación que, estoy seguro, resultará mejor que la que yo mismo hubiese desempeñado". Lo dijo sin poder evitar una sonrisa, tenue, conservando sin embargo ese tono de pi-

cardía y humor que le conocíamos cuando gozaba de un buen chiste. Produjo en el ánimo y en los rostros de quienes la escuchamos, una confusa mezcla de admiración, respeto y tristeza.

No alcanzó a transcurrir un día para que entendiésemos la premonición que había en sus últimas palabras. El doctor Molina murió cuando despuntaban los primeros rayos de un tibio sol sabanero, en la mañana del sábado 18 de noviembre.

Al atardecer del domingo 19, para cumplir su voluntad, con mi corazón sobrecogido, me embarqué en un avión miles de kilómetros al sur, a la misma hora en que el féretro con su cuerpo era cremado en uno de los cementerios de Bogotá. Tres días después, Alvaro Rojas de la Espriella, Raúl Carrera Lastra y Benjamín López Arciniegas, con sus corazones acongojados hicieron igual, miles de kilómetros al norte.

Durante aquella larga travesía nocturna, imposible conciliar el sueño, pensé que había emprendido un viaje inútil. Lo pensé mientras miraba por la ventanilla del avión hacia la profundidad de la noche, cargada de las incontables estrellas que difícilmente podemos ver desde las ciudades, donde la bruma, la contaminación de la atmósfera, las luces artificiales, las pequeñeces de nuestros diarios afanes, tienen la dudosa virtud de hacernos ciegos ante el universo. Lo pensé de nuevo, ya de madrugada, cuando recorría el trayecto en taxi de Santiago hasta Viña del Mar. El doctor Molina, me decía mi voz interior, era el Consejero de la OIU para Colombia. Con su muerte, terminaba la responsabilidad que con tanto acierto desempeñó para bien de las universidades del país y de Latinoamérica.

Un minuto de silencio en la OUI

Llegué al auditorio previsto para la Asamblea, minutos antes de la instalación. El doctor Luis García, Rector de la Universidad de Costa Rica, Presidente de la misma, palideció de asombro con la noticia:

“¿Te refieres a Jorge Enrique, a nuestro Jorge Enrique?”, me interrogó, incrédulo. Finalmente se convencería, después de quedarse largo rato mirándome al rostro.

Inició el acto formal de instalación con el anuncio de su fallecimiento. Hubo primero un rumor, luego una oleada de consternación que recorrió la multitud congregada en el enorme auditorio, algo más de trescientos

rectores que atendían la convocatoria desde Canadá hasta la Patagonia. Entonces, modificó el programa e improvisó a continuación un emotivo discurso. Para mi sorpresa, parecía estar leyendo -sin equivocarse- una minuciosa hoja de vida del doctor Molina, de actividades, logros, y una relación impresionante de reconocimientos y honores que mereció dentro y fuera de Colombia. Al concluir, pidió un minuto de silencio.

Recuerdo el momento con nitidez: en medio del sobrecogedor silencio de los Rectores, todos en pie, el único sonido que se escucha proviene de una fuente, desde el jardín contiguo al salón. El sonido ingresa por los ventanales abiertos, grandes, casi tan altos como el salón mismo, cuya altura desde el piso hasta el cielo raso puede superar los diez metros. Hace afuera un sol espléndido. Un sol luminoso, de verano austral, que ingresa también por los ventanales a través de unas cortinas blancas, transparentes y mecidas por un viento que sopla suave, respetando la solemnidad del momento. La luz del sol, plena, invade el espacioso salón.

El sonido es una ligera y rítmica tonada del agua, al caer de la cúspide de una fuente a la superficie de un estanque, intermedio, y, desde los bordes de éste a uno de mayor tamaño que rodea la base, de piedra amarillenta. De la fragilidad de mi memoria para la poesía, emerge al principio un fragmento, nada más que una imagen borrosa de palabras. Lenta, lenta, la imagen va tomando forma hasta convertirse en el recuerdo de un breve poema, “Parque España”, del mexicano José Emilio Pacheco:

“El surtidor invade una columna del aire
pero la tierra llama
y el agua
vuelve a su semejanza
Otro poco
de la fuente alza el vuelo
Babel erguida en su imposible cohesión
de nuevo torre
que a su gran pesadumbre se rinde”.

Ignoraba, hasta ese instante, por qué asocié siempre este breve y hermoso poema con la idea de los ciclos: nacer, vivir, terminar, volver a nacer, volver a vivir...

Quizá, por las razones indefinibles que originan las energías que de igual manera entran y salen de nuestras mentes, supe, cuando terminaba aquel minuto de silen-

cio, que el espíritu de Jorge Enrique Molina Mariño había alcanzado su sueño: el de andar pregonando un mundo mejor para las naciones de América Latina. Un mundo que nació y vivió -fugaz- en los albores del siglo XIX, y que al vaivén de las ideas y las culturas predominantes de este siglo XX pareciera sepultado y muerto. Comprendí que su misión había sido la de abonar para esos tiempos mejores que vendrán, y aprendí, con mis ojos anegados en lágrimas, que ningún viaje es inútil.

Visualizar la dimensión continental que alcanzó el doctor Molina, nos obliga a mirar desde dónde arranca su trayectoria, en particular de dos décadas atrás, cuando asume el cargo de Rector de una modesta y joven Universidad colombiana que él mismo contribuyó a fundar. Modesta y joven si se la compara con la antigüedad, tradición, profesorado, con las instalaciones físicas y el prestigio de otras en el país, y modestísima, si la comparación se hace con las universidades centenarias o megauniversidades de México, Brasil o Argentina, cuyas poblaciones estudiantiles y docentes superan o doblan el número de habitantes de ciudades como Armenia, Ibagué o Valledupar.

Porque desde allí se elevaría a las cumbres del pensamiento universitario del Continente. Con su manera de ser, escuchar, hablar, de comunicar ideas y opiniones, trabajar y convocar. Es decir, un conjunto de fortalezas que poseía la magia de aunar voluntades y ganar -sin alardes- la amistad de las gentes, incluidas hartas personalidades de muy agudísimas inteligencias.

Derechos humanos

La virtud grande del doctor Molina, a mi modo de ver, fue la acertada combinación que hizo de los rasgos de su atrayente personalidad con las que -propongo precisarlas- representan sus tres ideas fuerza, alrededor de las cuales confluyen otras no menos importantes y en idéntica dirección: respeto por los derechos humanos, las diferencias ideológicas, religiosas, políticas, filosóficas, raciales, económicas y sociales, a partir del reconocimiento de la igualdad de los hombres ante la ley, y del cumplimiento de comunes deberes; formación integral, fundada en principios éticos, como objetivo esencial de las aulas; trabajo como expresión del talento individual, de los conocimientos y destrezas que se adquieren con la educación, y como fuente de enriquecimiento espiritual y material, guiado por la solidaridad, en búsqueda

del bien colectivo, e insustituible como herramienta de los pueblos para preservar, construir y difundir su acervo e identidad cultural..

La primera de sus tres ideas fuerza concierne, justamente, a nuestro compromiso con el ser y el destino de Latinoamérica, la cual, a duras penas, he intentado esbozar en estas líneas apretadas. Sobre ella pronunciaría una sentencia contundente, en septiembre de 1995, dos meses antes de su muerte, en una de las respuestas a un cuestionario que le formuló la Universidad Autónoma de México, a raíz de una investigación de alcance regional sobre las características actuales y futuras de la educación. Dijo entonces:

“La Universidad Central de Santafé de Bogotá, celebra que uno de sus principios fundacionales, el de la vocación latinoamericana, comenzara a ser recogido con el transcurrir del tiempo por organizaciones y asociaciones universitarias, académicas y científicas de la región, e inclusive en Constituciones políticas, como la colombiana de 1991. *Estoy convencido que sucederá igual en la totalidad de los sistemas educativos, desde la básica primaria y, en general, de nuestras sociedades...*” (subrayo).

Antes de referirme a la segunda de sus ideas fuerza, quisiera destacar en relación con su personalidad (aunque parezca que aquí pierda el hilo de lo que estoy escribiendo: presento disculpas), que quienes tuvimos el privilegio de su trato como amigos, contertulios o colaboradores, nos acostumbramos a percibir que por sobre su bien ganado prestigio dentro y fuera de las fronteras de Colombia, el único título que reclamaba con un auténtico orgullo era el de Rector de la Universidad Central. (Es curioso: él, que tantos diplomas entregó a miles de graduandos, y tantos recibió por sus estudios y méritos, jamás recibió uno para ejercer su cargo. Son las paradojas que deparan las existencias de aquellos que optan por servir a los demás. Porque el doctor Molina se esmeraba, en el ámbito de sus responsabilidades rectorales, no sólo en aplicar los conocimientos que iba adquiriendo, sus condiciones de líder natural, sino en aprender de todo cuanto se permitía por fuera de aquellas, que solían absorber la mayoría de las 24 horas de su tiempo. Porque ponía atención en aprender de hombres y mujeres que despertaban su admiración, sentimiento que no limitaba a los notables, pues creía con firmeza en los seres humanos elementales, de ordinario entusiastas, atareados en los pequeños y

artesanales arreglos del mundo. Para ellos no escatimaba un apretón de manos, un saludo cordial, una frase amable. Eran rasgos de su carácter que complementó con una norma que observaría estrictamente hacia sus colaboradores: la de elogiar, todas las veces que pudo, sus virtudes en público. En caso contrario, únicamente en situaciones extremas, después de escuchar opiniones y de una prudente reflexión, se decidía a poner en claro su punto de vista, en privado.

Formación humanística

La segunda de sus ideas fuerza constituye también una propuesta para los sistemas educativos de América Latina, y es, del mismo modo, uno de los principios fundamentales del quehacer Centralista: la formación humanística debe hacer parte de todos los programas de estudio, con mayor razón de las llamadas “ciencias duras” o exactas.

En la tarea de buscar, investigar, leer y releer escritos y textos sobre la trascendencia de las humanidades, dispersos en las múltiples presentaciones y prólogos de libros que patrocinó con generosidad, en artículos para revistas y periódicos, en reportajes y entrevistas que concedió, y en algunos de los numerosos discursos que pronunció en foros culturales, científicos o académicos, hallé una pieza oratoria que debería ser motivo de reflexión permanente para los educadores colombianos. Se trata del discurso que pronunció en la ceremonia de entrega del título de “Doctor Honoris Causa” en Humanidades y Letras, que la Universidad Central confirió, en 1988, al Maestro Otto Morales Benítez, uno de sus entrañables amigos. Es, a mi juicio, una pieza magistral que me atrevo a citar, reveladora de su pensamiento profundo, preñada -por supuesto- de los toques de iluminación que la poesía regala a sus palabras:

“...La Universidad Central cuenta con una tradición en el manejo y prospección del área humanística como parte de la formación humana y social. Tal experiencia se confunde con los fundamentos filosóficos de la Universidad, uno de los cuales se asienta en la premisa optimista de creer en las posibilidades de Colombia y América Latina, en lo que respecta al comienzo de la superación de sus grandes necesidades. Para lograr tal cometido no bastan solamente los conocimientos profesionales. La experiencia nos enseña que la sola

capacidad profesional no es suficiente para tener una visión de conjunto de los requerimientos de la vida actual. Nuestra más loable inquietud se encamina a darle una dimensión humanística al conocimiento o, lo que es lo mismo, darle un sentido social.

“Las disciplinas humanísticas en algún momento son portadoras de las dinámicas que nuestra época lleva sobre sí. Es apenas comprensible que para estar en el despliegue de acontecimientos actuales, éstas lleven en su interior la quintaesencia de las creaciones logradas por la humanidad con el cuidado de adaptarlas a la circunstancia actual, a condición de hacerse cada vez más responsables del devenir.

“Estas inquietudes, muchas de ellas puestas en funcionamiento de tiempo atrás, embargan nuestras preocupaciones pensando que el profesional centralista debe poseer el suficiente equilibrio entre sus capacidades profesionales y su responsabilidad ciudadana. Ha de estar comprometido con la propia realidad a sabiendas de que la ciencia y la técnica de las cuales se sirve operan en el contexto del mundo subdesarrollado.

“El enorme abanico de ideas de la sociedad actual, la escogencia de las que mejor sirvan para superar nuestras condiciones de vida actuales, son de máxima importancia para la universidad colombiana. Tal vez las de mayor alcance. Por eso bien sabemos que no podemos hacer lujos de la ciencia ni de la cultura, teniendo en cuenta que los problemas del país son tan acuciantes y tan graves que se hace imposible calcular cuántas generaciones podrán poner al país en consonancia con los requerimientos humanos.

“Además las humanidades de suyo son vehículo para hacer gentes receptivas, capacitadas para hacer uso enaltecido de las creaciones de la humanidad. Los bienes creados por los hombres se propagan a través de las relaciones humanas, de los sistemas de instrucción, de educación, del lenguaje. La educación humanística es la que permite un modo de realización de la vida de las gentes a la altura de la época.

“Es el sentido creador de una nacionalidad nueva donde quepan todos los colombianos. Es ennoblecedor el trabajo, el conocimiento, la vida interior, todo lo que constituye el mundo del hombre.

“De tal suerte que la Universidad no puede ser solamente generadora de conocimientos y destrezas pro-

fesionales, sino, ante todo, debe ser una fuente cultural. Las humanidades, en el marco de la educación democrática, estimulan el acrecentamiento de la personalidad para que se abastezca a sí misma, para que sea autosuficiente en el reconocimiento de sus intereses y capaz en la satisfacción de sus necesidades. En fin, que las humanidades sirvan para humanizar el mundo.

“Es cíclico que cuando la ciencia y la tecnología a ultranza tienden a fortalecerse en todos los ámbitos de la sociedad, las humanidades se tratan de minimizar y cuando en nuestro caso parece que el síndrome de la vergüenza fuera nuestro destino, con mayor razón la ética y la formación humanística se opacan y oscurecen. Así crece nuestra responsabilidad para el fortalecimiento de la enseñanza de las humanidades, que sin ninguna duda lograrán que el nuevo profesional sea más justo, más social, más humano y humanizado, más crítico constructivo, más plural en su visión cósmica, más ético y en síntesis mejor colombiano.

“Como decía don Ezequiel Martínez Estrada, no podemos permitir que los pueblos sean educados para la servidumbre rechazando las obras que esclarecen su inteligencia, como instrumentos eficaces de la liberación”.

“La tecnología sin espíritu ni humanidad odia la libertad y tira contra lo que vuela y lo que canta”.

Integración cultural

La tercera de sus ideas fuerza resulta de una derivación de las dos primeras, a las cuales sumaría vivencias personales, indagaciones, lecturas, amistades que coincidían o guardaban divergencias con su manera de pensar, viajes frecuentes, su propia formación política, humanística, y su vasta experiencia como educador, todo lo cual formó su visión sobre el papel de la educación. Una idea síntesis, una idea propuesta que expuso muy a menudo en los últimos años en los foros internacionales en que intervino: decía que los repetidos esfuerzos y fracasos en la historia de América Latina, de integra-

ción regional o subregional, que nacieron con Bolívar y con Santander en el pasado siglo y con otros líderes de este que ya termina, tuvieron orígenes en visionarias voluntades políticas, en las conveniencias que se atribuyen para las economías domésticas al disminuir o eliminar trabas y aduanas en el intercambio de productos y

servicios, o para las naciones, al facilitar los tránsitos de las gentes y sus corotos en las fronteras. Pero, al cabo de los años, afirmaba el doctor Molina, casi todos los esfuerzos se extinguieron, o se redujeron a unos simples acuerdos de límites territoriales y a concesiones de visas turísticas. Unos, por las amenazas e intervenciones de las potencias de turno ante la perspectiva de una Latinoamérica unida y poderosa, otros por la miopía de nuevos gobernantes y dictadorzuelos, las interminables luchas internas por el poder, y las más de las veces, por minúsculos y absurdos pleitos fronterizos.

Argumentaba que a partir de las fracasadas experiencias, la integración debería empezarse por los sistemas educativos y las expresiones de la cultura de nuestros pueblos.

Argumentaba que a partir de las fracasadas experiencias, la integración debería empezarse por los sistemas educativos y las expresiones de la cultura de nuestros pueblos. Para sustentar su argumento recordaba cómo no existen fronteras para los libros, la ciencia, la música, las artes y los deportes:

“¿Quién de nosotros no se conmueve, desde el Río Grande hasta el cono Sur, con una canción de Agustín Lara, un tango de Gardel, una cumbia de José Barros; al contemplar el colorido y las formas de una obra monumental de Diego Rivera, una escultura de Rodrigo Arenas Betancourt; al leer una página de García Márquez, un poema de Borges, o un texto de Haya de La Torre?”, preguntaba.

Añadía que para la integración a través de la cultura disponemos de una herramienta común, que gravita en lo cotidiano, en las fibras íntimas y los sentimientos que se conmueven y entrelazan por encima de las odiosas fronteras. Se refería a la lengua española, situándose en la condición de aventajado pupilo de otro de sus entra-

"Argumentaba que a partir de las fracasadas experiencias, la integración debería empezarse por los sistemas educativos y las expresiones de la cultura de nuestros pueblos".